

LAS MORADAS

DE
SAN MARTÍN

INITIO

Quizé por efecto de la
penumbra, conpunció las gotas
de vino con una mancha de sangre.

Marta Rivera

Manuscrito de Marta Rivera de la Cruz



VIÑEDOS DE SAN MARTÍN
D.O. VINOS DE MADRID

Quizá por efecto de la penumbra, confundió las gotas de vino con una mancha de sangre. Se había cortado con una copa rota cuando recogía la mesa, y pensó que aquel cerco de un violento color rojo había partido de la pequeña herida que tenía en la mano, pero enseguida se dio cuenta de que el vino derramado era sólo la prueba de una noche feliz.

Una semana antes, y por primera vez en la vida de ambos, ella y su marido se preparaban para recibir solos el nuevo año. Primero fueron sus cuñados, que siempre cenaban con ellos, los que anunciaron que les había tocado un viaje en un sorteo, y que pasarían la Nochevieja en una isla del mediterráneo, ni siquiera recordaban en cuál. Luego fue María, la hija mayor, quien informó disgustada que el 31 tenían que cenar con su suegra. La mujer acababa de divorciarse y había armado un pequeño drama para atraer a su casa a sus cuatro hijos.

—No le llega con uno, ni con dos, quiere que este mostodosparacenarpavofríoybebercavabaratomientras se lamenta de su suerte — había dicho María, indignada.

Su madre trató de aplacarla, “son cosas que pasan, no hay que ponerse así”. Para entonces, ya sabía que Toño tampoco iba a estar con ellos: era médico y

le tocaba guardia en el hospital. Nunca había ocurrido hasta entonces, pero alguna vez tenía que ser la primera, se dijo ella para consolarse. Porque la ausencia de Toño significaba también la de Laura y los dos niños, sus nietos. Había pensado en hacer para ellos una tarta de mazapán decorada con figuras de chocolate, y sacarla después de las doce campanadas, como una sorpresa. A pesar de todo, haría el dulce y se lo llevaría en Reyes.

El último en descolgarse de la fiesta fue Claudio, el hijo menor, que, levemente incómodo — o eso le pareció a ella — les explicó que el día 31 cenaría con la familia de su novia.

—Así que la cosa va en serio— dijo su padre

—Bueno...nosé...yaveremos...peroesqueSarase hapuestomuy pesada...lehaceilusiónqueceneconellosy...

—Pues claro que sí— intervino su madre—. Los padres de Sara son muy amables al invitarte. Recuérdame que te planche bien el traje nuevo.

Como siempre, intentaba quitar hierro al asunto. Su marido no. Le contrariaban los cambios de planes, y no hacía nada por disimular su disgusto.

—Puesvayamaneradeacabarel año.Mihermano y mi cuñada, en la playa. Y los chicos, cada uno por su lado.

—Es normal que hagan su vida. Ya son mayores.

Aunque no lo decía, a ella también le daba lástima aquella deserción. Le encantaba preparar la cena del 31 —pasaba horas en la cocina guisando media docena de

platos distintos para dar gusto a todos—, poner la mesa con la vajilla buena y la cristalería que les habían regalado los amigos por las bodas de plata, y un mantel immaculado que había que llevar al tinte cada vez que se usaba.

—Pues nada, cenaremos tú y yo solos. —su marido estaba definitivamente de mal humor— Por cierto, acuérdate de avisar a la bodega para que no nos guarden la caja de vino. Total, para dos que somos...

El vino. Cada año, a principios de diciembre, encargaban en la tienda seis botellas de un vino estuendo— y un poco más caro de lo que podían permitirse— con destino a la cena de Nochevieja. A ella le encantaba hacer el pedido, y también recibir la caja un par de días antes del 31. Era una caja grande, historiadada, espléndidamente envuelta, como si estuviese destinada a la mesa de un rey. Dentro iban seis botellas de un vino tinto exquisito, generoso, que alegraba el alma y el cuerpo antes incluso de empezar a beberlo. Pensar que aquel año no iba a llegar a casa aquella caja envuelta en un elegante papel de color verde hizo que se le encogiera un poco el corazón. Qué tontería, se dijo, ponerme triste por eso, y se rió de su propia melancolía. Pero no pudo librarse de la nostalgia, y al pensar en el vino pensó también en Toño, que era quien abría la primera botella, y la cataba con cierta ceremonia ante las chufas de sus hermanos, que aseguraban que no tenía ni idea. Luego brindaban todos, justo antes de

sentarse a cenar, y en ese momento, cuando bebía el primer sorbo de vino rodeada de los suyos, se sentía la persona más afortunada de la tierra. Aquel año todo sería distinto. Pero no tenía ningún derecho a disgustarse. Después de todo, repitió para sí, es ley de vida.

En la mañana del 31 de diciembre empezó a nevar. Primero fueron unos copos ligeros como plumas que bailaban al compás del viento, pero poco a poco aquella nevada amable acabó convertida en un verdadero temporal. Ella se consoló al pensar que, al menos, ninguno de sus hijos tenía que viajar por carretera aquella noche. Tal como solía hacer, a primera hora de la tarde empezó a preparar la cena: un salpicón de mariscos y una pieza de ternera asada. Había suficiente para los dos, pensó, y colocó también las uvas y cortó unos pedazos de turrón artesano. A las ocho, también como todos los años, puso la mesa, y luego se cambió la ropa de diario por un vestido azul de seda que adornó con el collar de perlas que le había regalado su marido tras el nacimiento de Claudio. También él se acicaló, y se puso un traje oscuro y una corbata muy elegante. Acababan de reunirse en el salón cuando sonó el timbre.

Fue ella quien abrió. En el umbral, sus cuñados sostenían una botella de sidra y una caja de polvorones.

—Pero... ¿pero vosotros no volabais hoy?

—Sí. Pero con la tormenta de nieve han cerrado el aeropuerto. Nos tuvieron dos horas esperando, y luego, a casita. No os importará que nos apuntemos a la cena. Toma le dio los dulces y la botella— era lo único que tenía en casa.

Les abrazó a los dos, pensando que por fortuna había hecho bastante carne. Ya estaban en el salón abriendo la sidra cuando volvieron a llamar a la puerta.

—¡Sorpresa!

Eran María y su marido, Sergio. A última hora, la madre de éste se había unido a un grupo de amigas para cenar en un hotel.

—Y nos dejó a todos compuestos y sin cena, ya ves que joya de suegra tengo— susurró María a su madre mientras la besaba—. Perdona que vengamos sin avisar... ¡anda, los tíos! Pero ¿no estabais en Corfú?

—Que te cuenten, que te cuenten, que llevan cuatro horas tirados en el aeropuerto. Oye, están llamando... ¿quién será a estas horas?

La puerta volvió a abrirse, y esta vez con una pequeña revolución: Chencho y Laurita entraron como dos balas llamando a los abuelos, seguidos de sus padres.

—No os lo vais a creer— dijo Toño— pero el ordenador había duplicado las guardias. Me enteré cuando iba de camino al hospital, y en cuanto me di la vuelta, estos dos dijeron que querían recibir el año con vosotros. Ya sé que no son formas...

—Anda, anda, no digas tonterías... a ver si vas a tener que dar explicaciones en casa de tus padres. ¡Y yo que pensaba que íbamos a cenar solos!

—Pues esto parece el camarote de los hermanos Marx— todos se volvieron al escuchar la voz de Claudio. Había entrado con su propia llave. Llevaba en la mano una botella de cava.

—Pero ¿no cenabas en casa de Sara?

—Nos hemos peleado. Quería que me alquilara un esmoquin para la fiesta. Yo le dije que ni de broma, y ella se puso como una fiera y dijo no sé qué de no estar a la altura... la verdad es que no me enteré muy bien. La dejé en el portal y me largué— le tendió la botella a su padre— toma, ponlo en la nevera. Menos mal que no se la di a Sara, sospecho que en esa casa sólo beben champán francés.

Se rieron todos, menos ella. A pesar de lo mucho que se alegraba de tener en casa a sus hijos y sus nietos, le daba lástima aquella chica ilusionada con el primer fin de año junto a su novio.

—Claudio, llama a Sara... seguro que lo del esmoquin no es tan importante... y tu traje es muy bonito. Claudio abrazó a su madre y le dio un beso.

—La llamo luego, después de las uvas. Ahora voy a cenar con vosotros... si no te importa.

—Sí, que esa es otra... a ver qué comemos, porque íbamos a ser dos y ahora ...

Se fue a la cocina con María y con Clau-

dio. Prepararon una tortilla de patata, una fuente de ensaladilla, frieron croquetas que había guardadas, sacaron una caja de langostinos del congelador y un rollo de carne de la nevera, cortaron jamón y chorizo, abrieron unas latas de cangrejo ruso y metieron en el horno una pizza precocinada.

Hubo que extender la mesa, sacar más platos y más cubiertos, cambiar las copas y poner vasos para los niños. Sobre el mantel de hilo colocaron la tortilla, los congelados y los fiambres.

—¡Más que una cena de Nochevieja parece una excursión al campo!

—Pues a mí me encanta la tortilla. Y prefiero las croquetas al salpicón.

Fue entonces cuando el padre se dio una palmada en la cabeza.

—¡El vino! ¡No tenemos vino!

—¿Y eso?

—Le dije a tu madre que anulara el pedido al pensar que estábamos solos ella y yo. ¡Qué desastre!

El sonrió como si estuviese a punto de sacarse unas de la manga, y miró a su marido con los ojos brillantes.

—Pues no te hice caso. Pedí la caja, como siempre, y la mandaron hace dos días. Es parte de la tradición del fin de año... y siempre habría un buen momento para beberlo.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, el padre se acercó a ella y la abrazó, y todos, sin excepción, entendieron que aquel era un abrazo de gratitud. Por saber preservar las cosas buenas. Por no perder nunca el optimismo ni la esperanza. Por defender cada migaja de dicha, cada ocasión para la alegría. Sin decir nada, con la ceremonia de siempre, Toño abrió la botella, escanció el vino y ofreció a su madre la primera copa. Luego brindaron todos por el año nuevo, y por el destino que, mediante una misteriosa carambola, había vuelto a reunirlos en aquella última noche del año.

La fiesta acabó de madrugada. Cuando se retiraron todos, ella se empeñó en quedarse poniendo un poco de orden. En realidad, lo que quería era tener ocasión para estar un rato a solas. Se cortó en un dedo cuando recogía de la mesa los restos de una copa rota, y fue entonces cuando confundió su sangre con el vino. El mismo vino de todos los años. Se dijo que, más temprano o más tarde, ella y su marido tendrían que pasar solos la noche del 31, pero ya habría tiempo de pensar en ello. Entonces, siguiendo un impulso, vertió en otra copa el vino que quedaba en una botella, y se lo bebió allí, ella sola, casi a oscuras, brindando por los suyos y por aquella noche feliz, y por cada una de las cosas buenas que quisiera traerles el futuro.

MARTA RIVERA DE LA CRUZ



Marta Rivera de la Cruz (Lugo, 1970) es licenciada en Ciencias de la Información y Especialista en Comunicación Política por la Universidad Complutense. Durante sus estudios de pos-grado formó parte del equipo que puso en marcha la revista *Espéculo*, primera publicación literaria española difundida vía internet y en la que publicó varios artículos especializados. Marta Rivera de la Cruz ha sido conferenciante invitada en distintas universidades españolas y extranjeras. Fue codirectora del Taller de Literatura Creativa organizado en el curso 2006-2007 por la Fundación Complutense, y directora del curso “Literatura y Realidad”, dentro de las actividades de la Universidad de Verano de la UNED.

En 1998 obtuvo el premio Ateneo de Sevilla de Novela Joven con *Que veinte años no es nada*, de la que se hicieron cinco ediciones. Más adelante publicó las novelas *El inventor de historias* y *Hotel Almirante*. Además, es autora de tres libros de ensayo y ha publicado cuentos y artículos en diferente recopilaciones. En 2006 fue finalista del Premio Planeta con la novela *En tiempo de prodigios*, y en 2008 ganó el Premio Anaya de Literatura Infantil con *La primera tarde después de Navidad*. En 2009 publicó *La importancia de las cosas* con la editorial Planeta.

Como editora, fue responsable de la antología *Cuentos de Navidad* y de la última edición de *La ciudad de las columnas*, de Alejo Carpentier.

Como periodista, es colaboradora habitual de la revista *El País Semanal* y participa en el programa de radio *Al Sur de la semana*, de la Cadena COPE. En 2008 obtuvo el Premio de Periodismo Puro Cora.



VIÑEDOS DE SAN MARTÍN
D.O. VINOS DE MADRID

VIÑEDOS DE SAN MARTÍN, S. L.
28680 SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS. MADRID TEL.: +34 691 676 570
bodega@lasmoradasdesanmartin.es - www.lasmoradasdesanmartin.es